anuario 1998

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS FLORIAN DE OCAMPO

ANUARIO 1998

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIÁN DE OCAMPO" (C.S.I.C.)

anuario 1998

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS FLORIAN DE OCAMPO

CONSEJO DE REDACCIÓN

Presidente: Miguel de Unamuno Pérez
Vicepresidente: Miguel Gamazo Pelaez
Tesorero: Justo Rubio Cobos
Secretario: Pedro García Álvarez
Vicesecretario: José A. Rivera de las Heras
Vocales: Luciano García Lorenzo, Antonio Pedrero Yéboles, Hortensia Larrén Izquierdo, Eusebio González García, Juan Andrés Blanco Rodríguez, Tomás Pierna Belloso, Ángel Luis Esteban Ramírez y Francisco Rodríguez Pascual.

Secretario Redacción: Pedro García Álvarez.
Diseño Portada: Ángel Luis Esteban Ramírez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIÁN DE OCAMPO"
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA.

ISSN.: 0213-82-12
Depósito Legal: ZA - 297 - 1988
Imprime: HERALDO DE ZAMORA. Santa Clara, 25 - 49014 ZAMORA
artes gráficas

ÍNDICE

ARTÍCULOS

ARQUEOLOGÍA 15

Alonso Domínguez Bolaños y Jaime Nuño González: *Actuación arqueológica en las obras de construcción de la autovía de Castilla en la provincia de Zamora* 17

Jesús Carlos Misiego Tejeda, Miguel A. Martín Carbajo, Francisco J. Sanz García, Gregorio J. Marcos Contreras, Manuel Doval Martínez y Roberto Redondo Martínez: *«Las Carretas» en Casaseca de las Chanas /Cazurra (Zamora). Un enclave del horizonte Cogotas I afectado por las obras del gasoducto Salamanca-Zamora* 35

Miguel A. Martín Carbajo, Francisco J. Sanz García, Gregorio J. Marcos Contreras, Jesús Carlos Misiego Tejeda y Pedro F. García Rivero: *Trabajos de prospección y documentación arqueológica de la zona afectada por las obras de la red de gasificación de Benavente en el yacimiento de «Los Villares», Villanueva de Azoague (Zamora)* 57

Mónica Salvador Velasco y Ana I. Viñé Escartín: *Documentación arqueológica de la iglesia de San Lorenzo el Real de Toro. Zamora* 73

Ana I. Viñé Escartín y Mónica Salvador Velasco: *Nuevas intervenciones arqueológicas en la Puebla del Valle. Zamora* 87

Miguel Ángel Martín Carbajo, Francisco Javier Sanz García, Gregorio José Marcos Contreras, Jesús Carlos Misiego Tejeda, y Francisco Javier Ollero Cuesta: *Intervención arqueológica en el solar nº 4 de la avenida de Vigo, Zamora* 109

Miguel Ángel Martín Carbajo, Gregorio José Marcos Contreras, Francisco Javier Sanz García, Jesús Carlos Misiego Tejeda, Luis Alberto Villanueva Martín y Ana María Sandoval Rodríguez: *Una excavación arqueológica en extensión en el casco urbano de Zamora: el solar del museo etnográfico de Castilla y León* 127
Sonia Aníbarro: *Antiguo convento de Santa Clara. Benavente (Zamora)* 163

ARTE 181
Álvaro Ávila de la Torre: *La arquitectura del hierro en Zamora. La construcción del Mercado de Abastos* 183
Eduardo Carrero Santamaría: *Arquitectura y espacio funerario entre los siglos XII y XVI: La Catedral de Zamora* 201
María José Redondo Cantera y Irune Fiz Fuertes: *El pintor zamorano Alejandro de Villestén y el retablo de Castroponce (Valladolid)* 253
Carlos Andrés Fernández Gutiérrez: *Tapices góticos de la Catedral de Zamora. Proyecto integral* 263

BIOLOGÍA 299
Miguel Lizana, Emilio Pedraza, Julián Morales y Adolfo Marco: *Influencia de la radiación UV-B en la mortalidad de embriones en el lago de Sanabria* 301

CLIMATOLOGÍA 325
C. Tomás Sánchez, M. C. Sánchez Rodríguez y F. de Pablo Dávila: *La precipitación sobre Zamora, 1920-1997. Variaciones mensuales, estacionales y anuales* 327

FILOLOGÍA 341
Xavier Frías Conde: *El sanabrés: caracterización del dialecto* 343

HISTORIA 389
José Andrés Casquero Fernández: *La alfabetización en la ciudad de Zamora mediado el siglo XVIII* 391
Mª de los Angeles Martín Ferrero: *El ferrocarril como motor del «desarrollo económico» de Toro* 451
Cándido Ruiz González: *Los toresanos hablan 60 años después de la guerra civil* 471

SOCIOLOGÍA 491

Carlos Montes Pérez: *Antropología y cambio socio-cultural en las comunidades castellanas* 493

Adoración Barrio Marcos: *Proyecto de investigación sociológica. Bienestar Rural: Aliste, Tábara y Alba* 529

José Manuel del Barrio Aliste: *Cambios demográficos y distribución de la población en el espacio. Una lectura crítica sobre el futuro de la población y el desarrollo de Zamora* 593

MEMORIA DE ACTIVIDADES 637

Memoria Año 1998 639

NORMAS DE PUBLICACIÓN 645

Normas de publicación de artículos en el Anuario del I.E.Z. «Florián de Ocampo» 647

RELACIÓN DE SOCIOS DEL I.E.Z. 651

Relación de socios 653

ARTÍCULOS

ARQUEOLOGIA

ACTUACIÓN ARQUEOLÓGICA EN LAS OBRAS DE CONSTRUCCIÓN DE LA AUTOVÍA DE CASTILLA EN LA PROVINCIA DE ZAMORA

ALONSO DOMÍNGUEZ BOLAÑOS*
JAIME NUÑO GONZÁLEZ*

Una vez más la ejecución de una obra pública, en este caso la autovía de Castilla, carretera N-620 de Burgos a Portugal por Salamanca, tramo Alaejos-Cañizal (provincias de Valladolid y Zamora), ha integrado una actuación arqueológica sufragada en su totalidad por la empresa adjudicataria de las obras, CORSAN E.C.S.A.

El planteamiento inicial de la actuación incluía la realización de sendas excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce de El Tablón, otra en el pretendido asentamiento medieval de Camino Puercas, ambos en Alaejos (Valladolid), la documentación de una casa tradicional, Manrubio II, en Castrillo de la Guareña y la realización de un seguimiento arqueológico de los movimientos de tierra. Esta planificación inicial se modificó de forma parcial y de acuerdo con los arqueólogos de los Servicios Territoriales de Cultura en Valladolid y Zamora de la Junta de Castilla y León, al considerar más idóneo suprimir los sondeos a realizar en el segundo de los yacimientos citados puesto que todos los indicios hacían pensar en la inexistencia de un asentamiento en ese lugar. Más tarde, una vez avanzado el proceso, a tenor de los resultados obtenidos durante el seguimiento y tras los acuerdos precisos entre el ministerio de Fomento y la Junta de Castilla y León se incluyeron tres nuevas excavaciones más: una nueva campaña en El Tablón (Alaejos), una excavación que documentase los restos que el desbroce había puesto al descubierto en Manrubio I (Castrillo de la Guareña) y otra a realizar sobre los niveles documentados igualmente en La Huesa (Cañizal).

EL SEGUIMIENTO ARQUEOLÓGICO DE LOS MOVIMIENTOS DE TIERRA

La problemática de un seguimiento de estas características, radica fundamentalmente en que se trata de una estrategia arqueológica a la defensiva: si bien su finalidad sigue siendo la detección y documentación de estructuras, artefactos y secuencias estratigráficas, ésta no se lleva a cabo a través de una metodología puramente

* ARCHEOS, S.L.

arqueológica. Es claro, que las remociones de tierra realizadas por un bulldozer de gran capacidad, de forma arbitraria en relación a los restos soterrados que pueda descubrir, a unos ritmos acelerados y sin el detalle preciso, no es la forma más adecuada para observar y establecer las características, dimensiones o la secuencia de las unidades estratigráficas que contienen los elementos de valor histórico que son exhumados.

El seguimiento arqueológico es, por tanto, un último recurso, «a la desesperada», de obtener información sobre la posible existencia de yacimientos, hallazgos o estructuras en el ámbito en el que se desarrollan las obras de construcción, en este caso, de una autovía. Su utilización, a pesar de constituir una actividad poco idónea, se justifica claramente por su bajo coste frente a sistemas de excavación y prospección más sofisticados, en espacios en los que estudios previos no detectan la existencia de elementos suficientemente fiables como para proporcionar un nivel de información acorde con las inversiones necesarias para su realización.

Como es habitual, el trazado de la autovía ya había sido objeto de un estudio arqueológico previo en la fase de redacción del proyecto, entre octubre de 1993 y enero de 1994. El estudio, que contemplaba la realización del seguimiento ahora realizado, determinaba la existencia de una serie de puntos que presentaban indicios de índole diversa y que debían ser tenidos en cuenta en orden a su documentación arqueológica, definiéndose las pautas fundamentales de los trabajos que debían llevarse a cabo. Proponía la necesidad de una intensa vigilancia arqueológica en determinados puntos, que en la provincia de Zamora se referían en concreto a *El Decimal III* (Castrillo de la Guareña) adscrito a la Edad del Bronce, *Manrubio I* (Castrillo de la Guareña) Prehistoria reciente, *El Coto* (Castrillo de la Guareña) de la Edad del Bronce, *La Huesa* (Cañizal) considerado como Alto/bajo-medieval y *El Molino I* (Cañizal) que figura como posible asentamiento Moderno. Para el resto del espacio ocupado por la autovía se optó por un control de los movimientos de tierra por medio de visitas periódicas, a través de las cuales se reconoció toda la traza en distintos momentos de la construcción de la obra.

Las incidencias arqueológicas más notorias se refieren sin duda a las detectadas en el ámbito de los yacimientos de Manrubio I y La Huesa.

Manrubio I. Con esta denominación el informe preliminar registraba hallazgos prehistóricos indeterminados en Castrillo de la Guareña, en su entorno inmediato las labores de desbroce pusieron al descubierto un «campo de hoyos» correspondiente a la Edad del Bronce, detectándose algo más de medio centenar de los característicos manchones cenicientos, que incluyen materiales cerámicos elaborados a mano, restos óseos, fragmentos de manteados de barro y carbones.

La zona de máxima concentración se localizaba al oeste de la carretera de Castrillo de la Guareña a la N-620. Es éste un ámbito en el que se desarrolla un enlace, por lo que el área de la autovía ocupa una banda sensiblemente mayor al de su discurso general, alcanzando un máximo de 400 m. junto a la citada carretera, lugar en el que se documenta la existencia de estos hoyos en toda su amplitud. Mientras que

el espacio situado al este del enlace que lleva a Castrillo ofrece sin lugar a dudas menos evidencias, se han contabilizado en él menos de media docena de estas manchas cenicientas. Haremos notar, además, la relativa proximidad de esta zona con el punto denominado como *La Casilla* en el estudio previo que acompaña al proyecto de obra, en el que se documentaba el hallazgo de un brazal de arquero unos 250 m. al suroeste de estos hoyos.

La Huesa. Las evidencias observadas en este conocido yacimiento se referían a distintos tipos de restos: fragmentos cerámicos torneados, materiales de construcción (teja y ladrillo —alguno de los cuales conserva aún la argamasa—) y restos óseos. Todos ellos han aparecido asociados a niveles de tierra con coloraciones diferenciadas con respecto a su entorno, pudiendo en ocasiones relacionarse con estructuras concretas, probablemente restos de «silos» o similares.

En cuanto a la disposición y dispersión de estos restos podemos establecer, siempre dentro de la traza de la autovía, un área nuclear o central, marcada por la frecuencia de hallazgos, sobre todo fragmentos de teja y especialmente por una coloración más oscura —incluyendo algunas manchas cenicientas— que la tierra de su entorno. Y por sus extremos tanto al este como al oeste, se detecta la presencia de niveles de tierra cenicienta, muy localizados, de tendencia circular con diámetros variables entre 0,8 y 2,5 m. que también han deparado abundantes materiales arqueológicos, a pesar de las negativas condiciones que presentaba esta superficie para su reconocimiento arqueológico tras el paso del bulldozer.

Por lo que se refiere a los otros puntos objeto de un seguimiento intensivo, las incidencias observadas podemos calificarlas de irrelevantes, mientras que en el resto de la traza se llegaron a detectar algunas zonas con manchones oscuros muy definidos en los que no hemos podido documentar la presencia de materiales cerámicos, óseos o de otro tipo, por lo que no se pueden considerar elementos de interés arqueológico.

MANRUBIO I, CASTRILLO DE LA GUAREÑA (ZAMORA)

Como consecuencia de la documentación obtenida durante las labores del seguimiento de los movimientos de tierra de la maquinaria, se planteó la excavación de este lugar ubicado sobre una suave pendiente que desciende, por el norte, hasta el río, a unos 500 m., ocupando lo que antes de la autovía eran tierras de cultivo de cereal.

Su existencia no era conocida hasta que en 1993 fuera realizado el estudio arqueológico del trazado de la autovía por la empresa AREA, en cuyo informe se indica la presencia de «escasos fragmentos de cerámica, repartidos por el yacimiento sin concentraciones significativas [....] adscrito cronológicamente como Prehistoria reciente» (Inventario Ambiental del proyecto de construcción de la autovía, 16 80, 1994). El lugar, quizá desviado unos 200 m. al noreste de donde éstos situaban los hallazgos aludidos, se conoce también como la *Senda de Enmedio*.

FIG. 1. *La Huesa (Cañizal, Zamora). Sector J: restos de muro (UE 5) dispuestos sobre distintas fosas.*

FOTO 1. *Localización de los niveles de colmatación de Manrubio I (Castrillo de la Guareña) durante el seguimiento arqueológico de los movimientos de tierra.*

La excavación

Si bien el seguimiento arqueológico permitió reconocer, tras el «desbroce» superficial del sector hasta medio centenar de manchones, que sin mayores problemas podríamos identificar con la colmatación de otros tantos hoyos, en el tiempo transcurrido hasta la posterior excavación (realizada a finales de junio y principios de julio de 1997), desaparecieron en gran parte, resultando todo el conjunto bastante alterado.

La excavación se planteó como el vaciado de todas las manchas detectadas en el área y que las máquinas habían sacado a la superficie. Su dispersión dentro del ámbito de las obras alcanzaba una amplitud máxima de 200 m. lineales, aunque creemos que en realidad los hoyos se extienden más allá de los límites norte y sur de la carretera. Sólo llegaron a reconocerse en torno a la veintena de ellas de las que tan sólo 11 correspondían con claridad a la colmatación de los característicos hoyos. Igualmente se observaron pequeños retazos de niveles cenicientos con materiales, que interpretamos como restos de las colmataciones de varios de ellos destruidos y transportados por las máquinas, mientras que otras podrían corresponder al fondo de los hoyos, ya prácticamente irreconocibles.

Los más completos, aún con cierta variedad, presentan unas tendencias comunes en cuanto a su forma y dimensión. Así, el tipo más representativo es el de una fosa troncocónica de perfiles sinuosos y fondo plano, es decir acampanada, con una profundidad conservada de 70/75 cm., una boca de 1 m. de diámetro, cuya anchura máxima se encuentra en las proximidades del fondo y es de 1,5 m. y con una capacidad de 800 l.

Hay, sin embargo, algunas variaciones sustanciales que se apartan claramente de este retrato robot, tal es el caso del hoyo UE 65, de tendencia cilíndrica estrecho y profundo, o las fosas de forma también más o menos cilíndrica UE 28 y 29, aparte, claro está, de otros de forma más irregular, peculiaridad que no sabemos si es debida a su realización original, a procesos erosivos posteriores que los hayan alterado, a la actividad de la maquinaria de la obra o incluso a su proceso de vaciado en nuestros trabajos.

U.E	Forma	prof. cm.	ø boca cm.	ø máxi. cm.	vol. l.	boca/ prof.	ømáxi./ prof.
16	Acampanado	85	117/85	141	644	1,38	1,66
21	Acampanado	71	106	160	875	1,49	2,25
22	Acampanado	64	100	160	820	1,56	2,50
23	Acampanado	94	102	196	1329	1,09	2,09
28	Tendencia cilíndrica	27	103	103	206	3,81	3,81
29	Tendencia cilíndrica	38	101	101	278	2,66	2,66
30	irregular de tendencia acampanada (poco fiable).	115	118	118	aprox. 905	1,03	1,03
62	Irregular	94	155	155	aprox. 550	1,65	1,65
63	Acampanado	50	93/90	119	345	1,86	2,38
65	Cilíndrico profundo	59	33	33	40	0,56	0,56
69	Tendencia cilíndrica	31	121	121	339	3,90	3,90
70	Acampanado	31	83/72	102/94	188	2,68	3,29

Tabla resumen con la forma dimensiones y capacidad de los hoyos más completos excavados.

Lo que sí podemos constatar es que los hoyos de perfiles acampanados vienen a situarse en las áreas de suelos arcillosos y compactos. En ellos, además, hemos creído apreciar lo que sería un cierto tratamiento de sus paredes y que vendría a consistir en un proceso de humidificación y alisado y su posterior calentamiento mediante el fuego, más que en un auténtico recubrimiento mediante un revoque

interno. Este proceso les proporcionaría un endurecimiento y alisado de sus superficies y explicaría su color rojizo, más intenso que el de la matriz geológica en la que estaban excavadas, pero sin una clara discontinuidad con ella.

Por el contrario, significativamente las fosas de tendencia cilíndrica y alguna de las de forma irregular están realizadas sobre una zona de suelos arenosos de muy poca consistencia (UE 28, 29 y 30).

Además de los hoyos citados, se excavaron dos zonas distintas en las que se documentó la presencia de unos confusos y problemáticos niveles. Uno de ellos (UE 32 a 40) se encontraba hacia el centro del área del yacimiento sobre una zona arenosa, su potencia superaba en algunos puntos los 40 cm. y carecía de continuidad en lo que se refiere a su tonalidad, presentando un aspecto laberíntico y desordenado y proporcionando muy escasos materiales, aspectos que nos hacen pensar que su formación se debe a procesos naturales, tal vez ya con posterioridad al abandono del yacimiento. Génesis similar suponemos para los otros niveles detectados (UE 44, 45 y 48) aunque éstos son si cabe más confusos. Situados en la zona norte de la autovía, se presentaban muy pisados por la maquinaria y removidos por ella en profundidad, por lo que más allá de los materiales recuperados en ellos, relativamente abundantes, cualquier apreciación sobre ellos nos parece poco fiable.

En lo que se refiere a los materiales recogidos, éstos se limitan a los trozos rotos de los cacharros cerámicos utilizados por los excavadores de las fosas descritas, restos óseos de fauna y algún útil lítico, muy escaso, a los que habría que añadir fragmentos de piedra granítica seguramente utilizados como molenderas.

Como es habitual, es la producción cerámica el elemento más representativo, tanto por su cantidad como por su significación crono-cultural. Ésta se caracteriza por estar enteramente fabricada a mano, sin la ayuda del torno, por sus tonalidades grises, oscuras y en menor cantidad ocres —tonos que sugieren la cocción de los vasos en atmósferas reductoras y mixtas—, por tener pastas con desgrasantes cuarcíticos y, sobre todo, por estar adornadas, aunque en escasa proporción, con motivos geométricos mediante incisiones, boquiques y excisiones además de impresiones a punta de espátula, que con frecuencia contienen restos de pasta blanca incrustada. Los temas dominantes que figuran sobre los vasos son zig-zag, líneas de trazos y líneas cosidas, triángulos excisos con diferentes disposiciones y líneas de boquique, bien rectas, quebradas o en ondas.

Dentro de esta producción se distinguen una serie de ejemplares de pastas bastante bien decantadas y compactas, casi vidriosas, cuyas superficies tienen acabados muy cuidados, espatulados e incluso bruñidos, que son los que mayoritariamente se decoran, frente a otros de paredes más gruesas, pastas más groseras y superficies apenas tratadas que debieron pertenecer a grandes recipientes cuyo uso debía estar vinculado con el almacenaje de distintos productos, aunque hay un buen número de fragmentos que participan parcialmente de las características de ambos grupos.

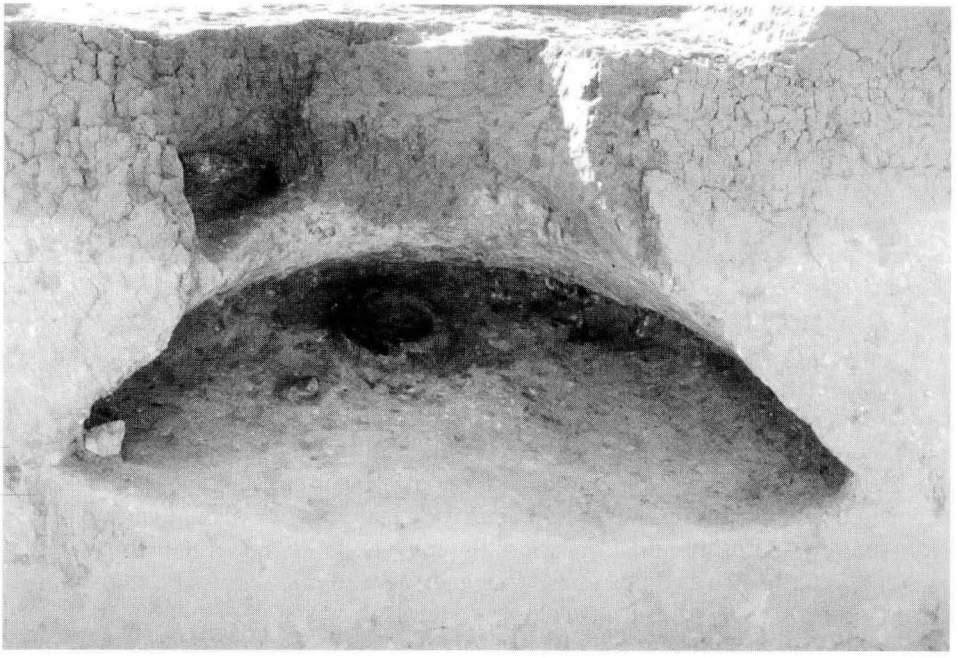

FOTO 2. *Hoyo UE 23 de Manrubio I, parcialmente destruido, tras su vaciado en la excavación.*

Conclusiones

Son precisamente los materiales cerámicos los que nos permiten una inequívoca adscripción crono-cultural de Manrubio I dentro de las fases de plenitud del horizonte Cogotas I, en el Bronce Tardío. Ya a primera vista destaca la similitud con los productos alfareros procedentes del próximo yacimiento de *La Requejada*, en San Román de Hornija, cuyo conjunto es hoy uno de los mejor conocidos y ha servido para trazar el repertorio tipológico de esta época (DELIBES DE CASTRO, FERNÁNDEZ MANZANO y RODRÍGUEZ MARCOS, 1990).

Ciertamente el menaje recuperado tiene, a pesar de todo, su propia personalidad y destacaremos aquí sólo la escasez de motivos reticulados en Manrubio, que en el yacimiento vallisoletano constituye el tema dominante. Precisamente a este aspecto, la proporción de temas reticulados dentro de los conjuntos cerámicos, se le ha concedido una significación cronológica en la evolución de estas producciones, en un proceso en el que pasan de ser inexistentes prácticamente en las estaciones Proto-Cogotas I, para ir adquiriendo mayor representatividad a medida que avanza el tiempo, convirtiéndose, como decíamos, en el tema dominante de los adornos de los vasos en San Román de Hornija (RODRÍGUEZ MARCOS y ABARQUERO MORAS,

1994: 52). Sin embargo, su escasez en Manrubio, dentro de un conjunto con representación de boquiques y cerámicas excisas (cierto que en menor proporción que en el yacimiento vallisoletano) difícilmente podría atribuirse a su pertenencia a momentos de transición entre las fases Proto-Cogotas y Cogotas I como hacen los autores citados con el yacimiento de El Cementerio-El Prado en Quintanilla de Onésimo (RODRÍGUEZ MARCOS y ABARQUERO MORAS, 1994: 53-54), más aún al comprobar la menguada aparición de los típicos temas en espiga.

Exponentes del grupo cultural Cogotas I son conocidos en la zona, tanto en la provincia de Valladolid, así el citado de *La Requejada* o *El Tablón* en Alaejos (excavado por uno de nosotros durante la misma actuación arqueológica que comentamos aquí: DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, 1997), como en la de Zamora en la que destaca de forma especial por su concentración el conjunto de asentamientos del entorno de Casaseca de las Chanas, Gema y Madridanos (MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1975: 453-455; 1976: 421-422; 1978: 326-328; 1979: 126-127) o el de La Aceña ya en la provincia de Salamanca (SANZ GARCÍA *y otros* 1994)

Las únicas estructuras claras reconocidas durante nuestros trabajos se limitan a la presencia de un grupo de hoyos excavados en el suelo y sus rellenos correspondientes, nos encontramos por tanto ante un nuevo «campo de hoyos». Este tipo de yacimientos se documenta ampliamente en todo el valle del Duero a lo largo de los distintos episodios del Calcolítico y la Edad del Bronce, constituyendo hoy en día una de las manifestaciones más características y sin duda más numerosa dentro los asentamientos conocidos de nuestra prehistoria reciente. Sin embargo, a pesar de ser tan numerosos, permanecen en torno a ellos aspectos oscuros en relación con su funcionalidad, organización y uso, para los que se ha dado distintas explicaciones que precisan aún su constatación y matización.

La mayoría de los autores y para la mayor parte de las fosas admite que su destino original era el de realizar la función de silos de almacenaje, aunque finalmente han llegado hasta nosotros como basureros, según indican las características de sus depósitos de colmatación: tierras sueltas abundantes en humus con cerámicas muy fragmentadas y restos óseos de fauna también muy fragmentados, variados y desperdigados, sin ninguna conexión entre ellos. Sin embargo hemos de considerar que las distintas características formales de los hoyos, sus dimensiones, los diferentes suelos en los que están excavados y en ocasiones sus contenidos admiten y sugieren distintos destinos: enterramientos humanos, hornos, depósitos rituales, etc. (BELLIDO BLANCO, 1996).

En Manrubio el grupo de hoyos de perfil acampanado (16, 21, 22, 23, 63 y 70) bien podrían corresponder con silos para el almacenaje de grano ya que su forma, cerrada hacia la boca, permitiría un fácil sellado de la fosa y la consistencia e impermeabilidad de sus paredes les harían propicios para este uso. Pero también cabe su posible utilización como hornos, función a la que se adaptaría bien su perfil con ancha base para albergar el combustible, boca estrecha que permitiría la conservación del calor y paredes arcillosas refractarias, utilidad que permitiría explicar

satisfactoriamente la intensa coloración rojiza de sus superficies. Y tampoco se puede desdeñar la idea de un uso múltiple para cada una de estas estructuras, siendo factible su excavación como hornos, su posterior función de graneros y finalmente su colmatación a base de desperdicios.

Más difícil nos resulta postular el destino de los hoyos 28, 29 y 30, todos ellos excavados sobre una zona de suelos arenosos de muy poca consistencia en los que no se aprecia el más leve indicio de que sus superficies internas llevasen algún revestimiento o hubieran sufrido algún otro tipo de tratamiento. Particularmente nos parecen poco apropiados como lugares de almacenamiento puesto que sus paredes dejarían pasar con facilidad las humedades además de ser susceptibles de derrumbes y desmoronamientos. Por último, como el fundamento para un poste debemos considerar el hoyo UE 65 debido a su forma cilíndrica, estrecha y profunda, aunque, en un área arrasada por los trabajos de la maquinaria, no hayamos podido encontrar otros hoyos o restos que pudieran reafirmar esta idea.

La distribución de las fosas dentro del ámbito del yacimiento que conocemos no presenta más patrón que la tendencia comentada en la que las de perfil piriforme-acampanado se ubican sobre las áreas de suelos arcillosos, mientras que el sector de suelos arenosos presenta hoyos de perfil más irregular, de tendencia cilíndrica y en general de menor capacidad (tal vez simplemente por que se conservan en peores condiciones). Ciertamente podría aludirse a algunas diferencias entre los materiales cerámicos que colmatan las estructuras de distintos sectores, que en principio apoyarían las teorías, por otra parte casi necesariamente ciertas, de que estos yacimientos se irían extendiendo en superficie a lo largo del tiempo a partir de un núcleo original[1], sin embargo el hecho de que la muestra de hoyos y de elementos cerámicos sea más bien menguada creemos que invalida la pretensión de establecer una periodización fiable entre las distintas fosas.

Es preciso por último aludir a la significación que se viene insinuando para estos establecimientos y que deriva de sus propias características: la presencia casi exclusiva de hoyos interpretados como silos y la ausencia de estructuras de habitación estables, han llevado a los investigadores a interpretarlos como parte de un sistema de ocupación del territorio más amplio, bien como instalaciones en la base de un poblamiento jerárquico, bajo el dominio de otros núcleos de mayor envergadura o bien como la expresión de un sistema itinerante de explotación del territorio, en el que vendrían a reflejar un episodio estacional de las labores agrícolas en dependencia igualmente con un núcleo de mayor consistencia. Ciertamente esta es la impresión que obtenemos tras la excavación de lugares como Manrubio I, que parecen responder al aprovechamiento estacional de unas tierras de labor hasta su agota-

[1] Repetidamente para aludir a este aspecto se ha venido hablando de la «estratigrafía horizontal» de estos yacimientos, expresión que nos parece muy poco afortunada ya que entendemos que las relaciones estratigráficas se manifiestan de forma física en un yacimiento y salvo unos pocos casos, en los que sí se documentan intersecciones de hoyos, éstos se presentan de forma individualizada sin ninguna relación con otros.

miento, mientras que el hábitat principal se encontraría en un lugar próximo. Sin embargo, la constatación de este tipo de impresiones, que exige la localización de varios establecimientos temporales coetáneos de otro, más o menos central y permanente, sólo se ha llevado a cabo en contadas ocasiones (RODRÍGUEZ MARCOS, 1993: 69; DELIBES DE CASTRO, 1995: 97-98).

LA HUESA. CAÑIZAL (ZAMORA)

Ha sido la documentación realizada en el seguimiento arqueológico de las obras de la autovía la que permitió la realización de una excavación en un yacimiento que, de no ser afectado, muy probablemente nunca llegaría a excavarse. Los trabajos se desarrollaron durante quince días del mes de junio de 1997.

Antecedentes

Es *La Huesa* un extenso yacimiento, aunque muy mal definido en cuanto a sus límites, ubicado más o menos a 4 km. al N-NE de Cañizal, en la comarca de La Guareña y en un punto donde confluyen los límites de Zamora, Salamanca y Valladolid, rayando casi con esta última provincia.

Aunque este es el nombre con el que se conoce al pago que queda a poniente de la N-620, el yacimiento debe formar unidad con *El Barcial*, situado al otro lado de la carretera y donde aparecieron, hace ya algunas décadas, sarcófagos que han sido datados en época medieval. (RODRÍGUEZ MARCOS *y otros*, 1981: 11).

Se dispone al pie del collado que une el valle del Guareña con el de su pequeño afluente, el arroyo San Moral, a través del que discurren tanto la carretera actual como la autovía en construcción. Se halla en torno a los 760 m. de altitud, en tierras ligeramente inclinadas hacia poniente, en el borde oriental del pequeño valle que forma el citado arroyo, zona relativamente húmeda, de tradicionales recursos agropecuarios, donde alternan los campos de cereal con algunas huertas y una extensa pradera que va casi desde el yacimiento hasta Cañizal.

Se ha cifrado su extensión en 9,75 has., repartidas en ambos lados de la carretera (PRESAS, DOMÍNGUEZ y MORENO, 1994: 43), aunque a nuestro juicio esa superficie prácticamente ya corresponde al sector situado al noroeste de la carretera, a La Huesa propiamente dicha —unas 9,5 has.—, ocupando el otro lado, El Barcial, algunas hectáreas más.

Las primeras noticias sobre el lugar arrancan de la aparición de un ajimez en arco de herradura y dos fragmentos de celosía que fueron fechados en el siglo X (MARTÍN y DELIBES, 1981: 155-158). Poco tiempo después, en 1983, unas obras de ampliación de la carretera destruyen parte del yacimiento y traen como consecuencia la realización de una primera excavación arqueológica, en la que *sólo pudieron*

documentarse unos cenizales en los que se recogió cerámica común, manteniéndose para todo la misma fecha del siglo décimo (FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, 1985: 144).

En 1994 se inician los primeros trabajos relacionados con la autovía, cuyo trazado está previsto que discurra en paralelo a la carretera N-620, atravesando longitudinalmente, por la mitad, el pago de La Huesa, aunque sin embargo en una zona que parece estar *a priori* cerca de los límites del yacimiento. De este modo y durante los estudios previos a la ejecución de la autovía, se llevó a cabo una nueva excavación, con apertura de una serie de pequeños sondeos cuyos resultados fueron publicados en su día y que en resumen consistieron en la localización de varias fosas rellenas de tierras cenicientas, escasos y maltrechos muretes de mampuesto —que sólo conservaban la primera hilada— y un lote de cerámicas entre las que predomina la cocción reductora y *que se pueden fechar en época medieval, básicamente entre mediados del siglo XII y el siglo XIII*. Entre estas producciones destacan las ollas, los acabados más comunes son los alisados y las decoraciones más usuales son las ondas incisas (PRESAS, DOMÍNGUEZ y MORENO, 1994: 43-57).

La excavación de 1997

Iniciadas las obras de la autovía y tras ser retirada la capa vegetal en todo el trazado, se pudo observar que de nuevo afloraban una serie de restos arqueológicos no localizados en la primera excavación. Bajo la supervisión del Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León se iniciaron los trabajos, con una doble perspectiva: localizar, delimitar y documentar todas la estructuras descubiertas y excavar las que se juzgaran más relevantes.

El yacimiento, una vez retiradas las tierras vegetales, deja ver su organización. No es un conjunto uniforme, sino que está compuesto por numerosos sectores, más o menos bien identificables, más o menos compactos y aislados entre sí, aparentemente sin organización y entre los que se encuentran extensas zonas sin resto alguno. Si esta disposición es resultado de la propia génesis y evolución del yacimiento o se debe a la continuada acción del arado, que ha acabado arrasando por completo gran parte de los niveles arqueológicos más superficiales, dejando tan sólo zonas residuales, es algo que no sabemos con certeza, aunque la acción agrícola sí parece haber tenido un determinante papel en la mala conservación de las estructuras.

Con esta situación de partida se individualizaron quince sectores —denominados con letras, de la A a la Ñ—, repartidos a lo largo y ancho de toda la franja afectada por las obras y distribuidos irregularmente —en virtud lógicamente de la aparición de restos— a lo largo de 240 m.

La mayor parte de los sectores eran manchas ce nicientas, de forma irregular y tamaño muy variado, la mayor de las cuales era la que constituía el *sector M*, de forma ovalada-rectangular, cuyos ejes alcanzaban un medidas de 6,7 x 3,2 m. Sólo algunos puntos presentaban otro tipo de estructur peor delimitadas y siempre muy mal conservadas.

Se excavaron ocho sectores: A, C —que coincidió parcialmente con una de las zonas abiertas en 1994—, D, I, J, K, L y Ñ. Salvo J y K el resto eran simples mancha cenicientas que resultaron ser casi siempre fosas rellenas de tierra gris oscura, con algunos carboncillos, entre las que se recuperaron algunas cerámicas y huesos animales. La delimitación exacta de las fosas durante el proceso de excavación no resultaba sencilla por ser casi siempre el relleno tan compacto como las arcilla y arenas que formaban el sustrato natural y por la «contaminación» de color que habían sufrido éstas a causa de las filtraciones.

Sin lugar a dudas los sectores más interesantes resultaron ser el J y el K, localizados hacia la mitad noreste de la franja abierta por la autovía, en una zona donde las manchas presentaban una delimitación más confusa pero donde había mayor intensidad de restos. En ambos casos se planteó excavación en cuadrícula, una regular, de 24 m^2, en el sector J, y otra más irregular, de 97,70 m^2, en el K.

En el sector J, sobre las habituales fosas rellenas de tierras grises, se disponía un murete de tosco mampuesto, muy maltrecho y de evidente posterioridad al relleno de las hoyas. Mucho más complejo resultó ser el sector K, auténtico rompecabezas compuesto por distintas manchas sin aparente organización, dos zanjas inmediatas y paralelas que atravesaban el sector de noreste a suroeste, apenas sin materiales y, en el extremo oeste, una fuerte acumulación de cenizas y tierras enrojecidas por el fuego, tal vez un tosco hogar. Sobre todo ello una vez más restos de dos muros —y probablemente de un tercero— orientados de noroeste a sureste.

A pesar de la enorme complejidad que planteaba este sector y de las grandes dudas para la interpretación de las estructuras, no cabe duda que aquí está, al menos de momento, la clave para averiguar el carácter del asentamiento.

En cuanto a los materiales aportados hay que destacar la gran uniformidad que se da en todo el yacimiento, e incluso en las distintas UE de sectores como el K. Son la práctica totalidad producciones reductoras, con barros predominantemente grises, pero con tonos que van del amarillento-pajizo al negro, pasando por diversos ocres. Sin embargo hemos podido diferenciar cuatro distintas series o facturas:

A) Cerámicas duras, de tonos grises y negros, más raramente ocres, con desgrasante silíceo y cuarcítico y escasa y finísima mica. Se decoran sobre todo con estrías horizontales, a veces con alguna línea ondulante y bandas de estrías a peine. Más raramente presentan espatulado vertical. Las superficies son rugosas y el interior de los vasos suelen tener acusadas estrías del torneado.

B) Pastas grises y negras, generalmente con abundante y grueso desgrasante, fundamentalmente micáceo. Son por lo general recipientes toscos, tal vez de almacenaje, escasamente decorados, siendo los motivos empleados estrías y ondas ejecutadas a peine.

C) Pastas de tonos ocres, más bien blandas, con desgrasante del mismo tipo que las del A y donde las decoraciones pueden ser incisiones en variada forma, combinando estrías e incisiones en diversa disposición, aunque lo más frecuente

es el espatulado o bruñido exterior. Parecen recipientes de tamaño pequeño-medio.

D) Pastas ocres, blandas y finas, que a veces pueden adquirir una coloración negruzca y que tienen los mismos componentes que A y C, aunque el acabado predominante es el bruñido exterior e interior. A esta serie pertenecen un lote de piezas con perfiles acampanados, de tamaño relativamente pequeño y cuidada elaboración.

Este esquema no deja de ser orientativo, planteado como método de trabajo y no obedece a reglas absolutas, pues hay piezas que pueden participar de características comunes a varios de los tipos, especialmente algunas cuya adscripción a A o C se

FOTO 3. *La Huesa (Cañizal, Zamora). El sector K una vez excavado.*

hace dudosa. En todo caso parecen producciones muy próximas entre sí y las diferencias no sabríamos precisar si obedecen a cuestiones de origen geográfico diverso, a manufacturas distintas dentro de un mismo taller o a distintos talleres en un mismo centro productor. Tampoco parece haber novedades respecto a las cerámicas rescatadas en anteriores intervenciones.

Una vez finalizada la excavación el seguimiento de las ulteriores obras de la autovía permitió localizar nuevas manchas y sobre todo constatar que la parte más importante del yacimiento, en la zona afectada, giraba en torno a nuestros sectores J y K, con la aparición de numerosa teja, ladrillo y lo que parecían ser nuevos muros de mampuesto.

Conclusiones

Dos son los grandes retos que plantea el yacimiento: de qué tipo de asentamiento se trata y a qué etapa histórica corresponde, aunque parece que debe ubicarse en algún momento de la Edad Media, en su sentido más amplio. Ninguno de los interrogantes

FOTO 4. *Zanja de la Huesa detectada con posterioridad a la excavación arqueológica, durante los episodios finales del seguimiento.*

sin embargo tiene fácil respuesta, pero para el primero nos basaremos en el análisis de las estructuras exhumadas y para el segundo en el estudio de las cerámicas.

Es evidente que gran parte de las estructuras se basan en irregulares fosas y que en modo alguno parecen ser los habituales silos de almacenamiento, rellenos de vertidos una vez amortizado su uso, frecuentes por otro lado en los yacimientos medievales. No obstante si echamos un vistazo a diversas excavaciones realizadas fuera del ámbito peninsular podremos ver cómo estructuras similares a las nuestras son frecuentes, aunque por desgracia nada tiene que ver la escuálida superficie excavada por nosotros con las grandes extensiones levantadas en algunos yacimientos europeos. Así, en los yacimientos franceses del entorno parisino de Villiers-le-Sec o Baillet-en-France algunas cabañas y talleres fechados entre los siglos IX y X presentan el tipo de fosas que nos recuerdan a las de La Huesa (GUADAGNIN, 1988: 153-163). Estos modelos de fondos de cabaña excavados en el suelo aparecen también en otros lugares, como Gladbach (Alemania), estructuras que se han fechado entre los siglos VII y VIII o en West-Stow (Inglaterra), entre los siglos V y VI (CHAPELOT y FOSSIER, 1980: 118-135).

También en tierras francesas se han excavado edificios a los que se les ha asignado una cronología entre los siglos VII y VIII y donde los muros están reducidos a un simple basamento compuesto por una hilada de tosco mampuesto sobre el que se disponían paredes de madera y barro. Tal es el caso de Belloy-en-France-Saint-Martin-du-Tertre (Val-d'Oise) (GUADAGNIN, 1988: 155). Igualmente algunos hornos o estructuras para fuego, rudimentariamente excavados y de corta vida, hallados en Villiers-le-Sec, muestran la aparente desorganización de irregulares fosas que vemos igualmente en La Huesa (GENTILI, 1988: 242-249; MEYER, 1988: 249-250).

Estas fechas que se barajan no desmienten en modo alguno las que nosotros proponemos para el lote cerámico del yacimiento de Cañizal, porque definitivamente no podemos compartir la cronología de los siglos XII y XIII que sugieren Presas, Domínguez y Moreno.

En primer lugar parece indudable que todas las cerámicas son contemporáneas, pues en ningún caso hemos podido constatar distintos tipos asociados a diferentes UE y aunque algunas piezas —especialmente las ollas— pudieran encajar en las fechas plenomedievales propuestas por esos autores, hay que reconocer que son formas de larguísima tradición, cuyos barros se han empleado además desde época romana hasta la alfarería popular que ha sobrevivido casi hasta nuestros días. En todo caso estas piezas, en su conjunto, poco se asemejan a las producciones zamoranas representativas de los siglos XI al XIV (LARRÉN, 1989 A.; TURINA, 1994) o a las halladas en zonas limítrofes.

En nuestro conjunto hay un grupo de piezas, generalmente correspondientes a la que hemos llamado *serie D*, que se concretan en varios cuencos de perfil acampanado y superficies cuidadosamente bruñidas, que sin duda hay que poner en relación con producciones de época visigótica, con los tipos *B-2* y *B-3* definidos por Luis

Caballero (CABALLERO, 1989: 93 y ss.), muchas de las cuales proceden del yacimiento abulense de Navasangil (LARRÉN, 1989 B: 62-65) y que igualmente hemos de emparentar con las procedentes del asentamiento zamorano de Muelas del Pan, e incluso con algún cuenco de la aldea carolingia de Villiers-le-Sec, donde asimismo aparecen cerámicas bruñidas (GENTILI, MEYER y ROUAZE, 1988). Del mismo modo hemos de destacar una botella con ensanchamiento en el cuello del que parten dos asas, tipo muy manifiesto en los repertorios cerámicos visigodos, una vez más bien representado en Navasangil (LARRÉN, 1989 B: 65-68).

Así pues creemos que hay los suficientes elementos de juicio para llevar a una época más temprana el yacimiento de La Huesa, a un período que, aunque todavía poco concretado, podíamos situar entre los siglos VII y X, centuria esta última que convendría con la fecha señalada para el ajimez rescatado hace años, aunque tanto este elemento como las celosías también son frecuentes en época visigoda (VILLALÓN, 1985; CABALLERO, 1995: 415-416).

En resumen, nos hallamos ante un yacimiento cuya fundación reviste dudas pero donde el empleo de alguna tégula —sin duda de saqueo— lo remonta a épocas tempranas, para las que proponemos el siglo VII, momento en que ha desaparecido todo vestigio romano en la cultura material. Sin embargo es un yacimiento que creemos llega a sobrevivir a la enorme crisis derivada del 711, conformando una pobre aldea más o menos estable en la que quizás haya que reconocer cierta movilidad de las construcciones dentro de la misma población, dando así lugar a un extenso yacimiento pero de delgada estratigrafía y grandes espacios vacíos. Estaría formada por precarias cabañas presididas por una iglesia quizás un poco más sólida, a juzgar por los elementos que de ella nos han llegado.

El final habría que llevarlo —creemos que en el mejor de los casos— a la décima centuria, momento en el que las tierras del Duero se convierten en una frontera auténticamente peligrosa, mucho más de lo que había sido en los siglos precedentes.

BIBLIOGRAFÍA

BELLIDO BLANCO, A. (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta norte.* Studia Archaeologica 85, Valladolid.

CABALLERO ZOREDA, L. (1989): «Cerámica de "época visigoda y postvisigoda" de las provincias de Cáceres, Madrid y Segovia». *Bol. Arq. Med.*, 3, pp. 75-107.

— (1995): «Zamora en el tránsito de la Edad Antigua a la Edad Media, siglos V-X». *Historia de Zamora, tomo I, de los orígenes al final del Medievo.* Zamora, pp. 339-430.

CHAPELOT, J. y FOSSIER, R. (1980): *Le village et la maison au Moyen Age.* París.

DELIBES DE CASTRO, G. (1995): «Neolítico y Edad del Bronce». *Historia de Zamora, tomo I, de los orígenes al final del Medievo.* Zamora, pp. 47-100.

DELIBES DE CASTRO, G., FERNANDEZ MANZANO, J. y RODRIGUEZ MARCOS (1990): «Cerámica de la plenitud de Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija». (Valladolid). *BSAA, LVI.* Valladolid, pp. 64-103.

DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A. (1997): *Primera campaña de excavación arqueológica en el yacimiento de El Tablón (Alaejos, Valladolid). Autovía de Castilla, N-620, tramo Alaejos-Cañizal, 1997-1998*. Informe inédito.

FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, J.J. (1985): «Pago de "La Huesa" (Cañizal)». *Arqueología 83*. Madrid, p. 144.

GENTILI, F. (1988): «Les structures domestiques culinaires. Les fours et les foyers (VIIe-Xe siècle)». *Une ville en temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VIIe siècle à l'An Mil*. Catálogo de la exposición. París, pp. 242-249.

GENTILI, F., MEYER, N. y ROUAZE, I. (1988): «L'équipament domestique. La vaisselle de table, poteries culinaires, recipients de stockage et verrerie». *Une ville en temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VIIe siècle à l'An Mil*. Catálogo de la exposición. París, pp. 254-267.

GUADAGNIN, R. (1988): «L'habitat». *Une ville en temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VIIe siècle à l'An Mil*. Catálogo de la exposición. París, pp. 150-163.

LARRÉN IZQUIERDO, H. (1989 A): «Notas sobre cerámica medieval de la provincia de Zamora». *La cerámica medieval en el norte y noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio*. León, pp. 261-284.

LARRÉN IZQUIERDO, H. (1989 B): «Materiales cerámicos de La Cabeza: Navasangil (Ávila)». *Bol. Arq. Med.*, 3, pp. 53-74.

MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1975): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)». *BSAA*, XL- XLI, pp. 445-471.

— (1976): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III)». *BSAA*, XLII, pp. 411-435.

— (1978): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)». *BSAA*, XLIV, pp. 321-346.

— (1979): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VI)». *BSAA*,XLV, pp. 125-147.

— (1981): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)». *BSAA*, XLVII, pp. 153-186.

MEYER, N. (1988): «Cat. 182 A, B. "Boulangerie-cuisine" domestique». *Une ville en temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VIIe siècle à l'An Mil*. Catálogo de la exposición. París, pp. 249-250.

PRESAS VÍAS, M.M.; DOMÍNGUEZ ALONSO, R.M. y MORENO LETE, E. (1994): «Excavaciones arqueológicas de urgencia en el pago de La Huesa (Cañizal)». *AIEZFO*, pp. 43-57.

RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1993): «El Carrizal (Cogeces del Monte, Valladolid): un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I». *Nvmantia 4*. Valladolid, pp. 61-74

RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. y ABARQUERO MORAS, F.J. (1994): «Intervención Arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de 'El Cementerio-El Prado', Quintanilla de Onésimo (Valladolid)». *Nvmantia*, 5, pp. 33-57.

RODRÍGUEZ MARCOS, J.A.; ROJO GUERRA, M.A.; SANZ MÍNGUEZ, C. y VAL RECIO J.M. del (1981): «Poblamiento romano en el valle de La Guareña». *Club de Amigos de Fuentesaúco*, III. Salamanca.

SANZ GARCÍA, F.J.; MARCOS CONTRERAS, G.J., MARTÍN CARBAJO, M.A., MISIEGO TEJEDA, J.C y PÉREZ RODRÍGUEZ, J.P. (1994): «La Aceña (Huerta, Salamanca). Un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes». *Nvmantia* 5. Valladolid

TURINA GÓMEZ, A. (1994): *Cerámica medieval y moderna de Zamora*. Zamora.

VILLALÓN, M.C. (1985): *Mérida visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica*. Badajoz.